A high-contrast, black and white close-up portrait of Blas de Otero. The image focuses on his eyes, nose, and mouth, with a serious and contemplative expression. The lighting is dramatic, highlighting the textures of his skin and the intensity of his gaze. A semi-transparent dark horizontal bar is overlaid across the middle of the image, containing the text.

**Blas de Otero**

El poeta que bajó a la calle

# Índice

## *A modo de biografía*

M.<sup>a</sup> Victoria Benito y Teresa Gamarra

## *Poemas de Ángel fieramente humano, 1947-1949.*

Un relámpago apenas. Isabel Abanto

Ciegamente. Carmen Andreu

Crecida. Marisa Mateo

Cuerpo de la mujer, río de oro. Salvador Peguero

## *Poemas de Anicia, 1947-1954.*

La Tierra. Darío Navarro

Tarde es, amor. Josefina López

## *Poemas de Pido la paz y la palabra, 1951-1954.*

En el principio. Clara Cucalón

Fidelidad. Ángeles Serrano

## *Poema de En castellano, 1951-1959.*

Palabras reunidas para Antonio Machado. Rosa Blasco

## *Poemas de Que trata de España, 1960-1964.*

Cartilla (poética). Diego Vera

Crónica de una juventud. Conrado Guirao

Lejos. Sara Luque

# Acerca de esta antología

Antonio Machado definía la poesía como “palabra en el tiempo” y Blas de Otero apuró en toda su obra esta definición en el tiempo duro y oscuro en el que le tocó vivir tanto en sus vicisitudes humanas como en las sociales y políticas. A todas atiende en sus versos dirigidos a la inmensa mayoría, a esa humanidad callada o silenciada que va por la calle con él o que con él sufre la injusticia, pero que no tiene palabra o valor para expresarse.

Han pasado cien años del nacimiento del poeta y en su obra se muestra que su temporalidad es todavía la nuestra, que aún nos podemos reconocer en sus versos y no solo los más mayores, que aún vivimos una parte de ese tiempo oscuro, sino también los jóvenes, que se sienten concernidos por sus peticiones de paz y de palabra, por esa España camisa blanca de su esperanza, por ese hombre golpeado y sufriente que era él y somos todos.

Y, como muestra, el CELAN ha reunido en este regalo navideño a doce comentaristas, una ilustradora y un diseñador con algunos rasgos comunes: su vinculación con Andorra y su comarca, su gusto por la poesía y el arte, y su generosidad. Todos han dicho que sí a la primera y todos han entregado puntualmente sus contribuciones. Han hecho fácil la tarea.

Las diferencias entre ellos, de edad, de lecturas, de lo que queramos, las apreciará el lector de la antología, pero todas quedarán empequeñecidas ante el poder de convocatoria de este hombre que con palabra desgarrada fue poeta de su tiempo.

Y aquí os dejamos para esos cortos días de invierno su luz y su radical compromiso con el hombre para que también iluminen y den aire al resto de nuestro tiempo, como contribución a su centenario o con la excusa de su centenario.

Que las palabras del poeta nos acompañen y nos ayuden a comprender el mundo en el que vivimos.

Teresa Gamarra y M.<sup>a</sup> Victoria Benito (coords.)

**“Mi terquedad es indomable, dirigida siempre hacia los cuatro puntos cardinales de toda mi vida: el arte, la mujer, la justicia y pasear por la calle”.**

## A modo de biografía

Hace algo más de cien años, concretamente el 15 de marzo de 1916, nació en Bilbao Blas de Otero, el tercero de cuatro hermanos, en una familia perteneciente a esa histórica burguesía vasca que, además, disfrutaba en aquellos momentos de una boyante situación económica. En plena Gran Guerra los países implicados en la contienda necesitaban ser abastecidos y las empresas españolas aprovecharon la neutralidad del país para incrementar el comercio con los países beligerantes. El padre de Blas de Otero, dedicado a la industria de los metales, fue uno de los beneficiados por el incremento de la actividad mercantil.

“Aquella casa con terraza y pérgola que construyó mi padre en los años de la primera guerra, que tan provechosa resultó para los industriales y almacenistas bilbaínos. [...] el gran Rolls-Royce que tenía mi padre a cuenta de la guerra europea [...]”.

En ese ambiente de prosperidad transcurrieron los primeros años de Blas de Otero, estudiante en la Academia Anglofrancesa desde párvulos hasta preparatorio de bachillerato y luego dos años de bachillerato en los jesuitas:

“Madre, no me mandes más a coger miedo y frío ante un pupitre con estampas”.

Pero tras el final de la guerra se acabaron los tiempos de bonanza y en 1927, en un intento por recuperar su fortuna, la familia Otero-Muñoz se traslada a Madrid. Allí el futuro poeta estudiará en un colegio laico de enseñanza mixta y obtendrá posteriormente el título de bachiller en el instituto Cardenal Cisneros. Son años de libertad, que él mismo resume así en tercera persona:

“El niño fue creciendo por las calles de Madrid, así que afortunadamente se le fueron limpiando los ojos, los dedos y los escapularios”.

En 1928 muere su hermano mayor y en 1932, a los 43 años y completamente arruinado, muere el padre. La familia debe vender hasta el último mueble para costearse el viaje de vuelta a Bilbao, donde podrá recibir el apoyo de sus parientes cercanos. A partir de entonces, y a pesar de que solo tiene 16 años, Blas de Otero debe hacerse cargo de la familia. Esto determinará en gran medida su futuro.

“Iba a estudiar Letras, pero un hermano que murió a los dieciséis años había iniciado ya Derecho y mi familia me animó a ocupar su lugar”.

La suya será desde entonces una personalidad escindida entre el abogado que debe ser y el poeta que es. El abandono de su vocación tendrá un alto coste para él, pues a partir de ese momento comenzó a sufrir frecuentes depresiones, que solo se espaciaban en los últimos años de su existencia. Sin embargo, era imposible que la poesía desapareciera de su vida. Son años de tanteos poéticos: a la par que estudia Derecho publica algún poema y crea, junto con otros amigos, el grupo Nuestralia, en cuyas tertulias poéticas y musicales -a las que acude a menudo Gerardo Diego desde Santander- leen a los clásicos, a Juan Ramón Jiménez, escritor con el que se cartean, o a los poetas del 27. Al poco tiempo de acabar la carrera, estalla la Guerra Civil. Se incorpora como sanitario a los batallones vascos en defensa de la República y cuando las tropas de Franco entran en Bilbao (1937) es internado en un campo de depuración y más tarde enviado al frente de Levante con las tropas franquistas.

“Tiempo terrible de la guerra. Te recuerdo en Alcañiz, montados en los horribles camiones que nos llevaron hasta Vinaroz, bajando junto a Morella y las hoscas hondonadas de piedra, espino y hierbajos, bajo un cielo duramente azul. ¿Voy a hablar de la guerra, de esa gran cabronada que nos armaron cuatro militares, ocho terratenientes y cinco curas, con el respaldo del hijo de puta de Hitler? [...] Pero no quiero hablar de nuestra guerra, ni de lo que siguió, que casi fue peor. [...] Se prepara el último golpe contra Madrid. Un mediodía, estando tomando el rancho, vemos aparecer telas blancas en las lomas. La guerra, al carajo, ha terminado. Estamos perdidos lo menos para treinta años”.

Al terminar la guerra trabajó como abogado en la fábrica Forjas de Amorebieta y allí, “un entretenimiento en una fábrica” en sus propias palabras, empezó a escribir *Cántico espiritual*, en homenaje a San Juan de la Cruz. Pasan los años y Blas de Otero decide reorientar su vida y recuperar sus sueños de antaño; en 1943 se traslada a Madrid para iniciar por fin los ansiados estudios de Filosofía y Letras. Allí entra en contacto con otros poetas de su generación y con los poetas del 27 Vicente Aleixandre y Dámaso Alonso. Pero una grave enfermedad de su hermana, que se había hecho cargo de la familia cuando Otero se fue a Madrid, le obligó a abandonar el curso y regresar a Bilbao y a su trabajo en la fábrica.

Su vocación frustrada de nuevo y el sentimiento de culpabilidad al sentirse en parte responsable de la enfermedad contraída por su hermana lo sumieron en una fuerte depresión que le llevó a ingresar en un sanatorio psiquiátrico en Usúrbil, donde permaneció todo el año 1945.

Allí peleará con esas crisis depresivas, a las que él denominará la galerna, una tormenta terrible con la que tendrá que convivir a lo largo de su vida:

“Las alucinaciones  
el viento quebrándose  
dentro del espíritu  
la galerna alborota la frente  
[...]”

Sin embargo, aquella dolorosa experiencia supuso también una transformación trascendental en la personalidad de Blas de Otero, de ella emerge como un hombre distinto: ha sufrido una profunda crisis religiosa y ha adquirido la certeza de que su razón de vida es la de ser poeta. Mientras realiza trabajos “alimenticios” para ayudar a la economía familiar, escribe *Ángel fieramente humano*, publicado en 1950, con un título muy revelador y una dedicatoria, en la que incluye una frase de San Juan de la Cruz, que nos da idea del cambio en su orientación poética:

“A la inmensa mayoría

...pensando... que los ha dejado Dios  
San Juan de la Cruz”

*Redoble de conciencia* (poemas escritos entre 1947 y 1951, que recibirán el Premio Boscán) será su siguiente libro; en él Otero ratifica su compromiso, de ahí el “redoble” de la dedicatoria en el soneto que abre el poemario, de nuevo “a la inmensa mayoría”.

“El escritor debe escribir para la mayoría. Aquí no hay exclusiones. Además a la mayoría le interesarán los temas llamados «constantes del hombre» –el amor, la muerte...– tanto como los temas específicamente históricos. La poesía será una fusión de ambas

cosas. Hacer distinciones es un tanto erróneo. De lo que se trata es de hacer una poesía de calidad. Esa ha de ser su primera cualidad, si se me permite el juego de palabras. La poesía es un ente estético, y eso jamás debe olvidarlo el poeta”.  
(En una entrevista de 1976)

En 1952 sale por primera vez de España en busca de un cambio de aires.

“Me voy a París, te digo que me voy a París, aunque tenga que vender toda mi biblioteca. Y la vendí”.

Pero pronto se sintió extraño en aquel París que había idealizado y a los pocos meses vuelve a España, la “madre y madrastra, hermosa y terrible” de su próximo libro, *Pido la paz y la palabra*, que tardó en publicarse por problemas con la censura. Finalmente, el libro, todo un revulsivo en la poesía de la época, se publicó en 1955.

“Aprendí palpando, pisando  
la vida iluminada, hundí  
las manos en el fondo de las palabras”.

De 1956 a 1959 vive en Barcelona. Intenta publicar *En castellano*, pero la censura, cada vez más alerta con el poeta, lo impedirá (el libro no se editará hasta 1959 y fuera de España, en París, en edición bilingüe).

“No. No dejan ver lo que escribo / porque escribo lo que veo”.

Para burlar de alguna manera a la censura publicará una segunda edición en 1958 de *Ángel fieramente humano* y de *Redoble de conciencia* bajo el título de *Ancia* (acrónimo formado con la primera sílaba del primer libro y la última sílaba del segundo),

libro que en realidad no es una mera yuxtaposición de lo ya existente: el poeta introduce numerosas variantes, incluye 48 poemas nuevos, cambia el orden original... En 1959 *Ancia* obtiene el Premio de la Crítica, premio instituido en Zaragoza en 1956 y presidido por Francisco Ynduráin.

En 1960, invitado por la Sociedad Internacional de Escritores, comienza sus viajes a los países socialistas (China y la Unión Soviética). Años más tarde dirá en una entrevista:

“Mi evolución ideológica fue lenta, sin cambios muy bruscos [...]. Por medio de la reflexión, de las vivencias y de las lecturas fui llegando a otra visión del mundo y del hombre que pude contrastar, después, en mis largos viajes”.

El recuerdo de España y su añoranza se plasmarán en muchos poemas que serán el germen de su siguiente libro: *Que trata de España*. Ya de vuelta intentará editarlo, pero nuevamente la censura lo retendrá más de un año y expurgará un tercio de sus poemas. Otero incluirá los censurados en la edición en Puerto Rico de *Esto no es un libro* (1963) y al año siguiente el libro se publicará íntegramente en las ediciones de La Habana y París.

En 1964 viajará a La Habana, invitado como jurado del premio de poesía Casa de las Américas. Allí escribirá su primer libro en prosa, *Historias fingidas y verdaderas*, además de otros poemas sobre la isla y su revolución que, vinculados a los escritos en China y la Unión Soviética, intentó editar en España bajo el título de *Poesía e Historia*. Publicación que la censura impidió.

Vuelve definitivamente a España en 1968, donde le operan de urgencia de un tumor canceroso que finalmente logró vencer a pesar de los malos pronósticos iniciales. Es época de trabajo febril

y parte de la obra de esos años se publicará en diversas antologías, pero habrá que esperar hasta la edición póstuma de *Hojas de Madrid con La galerna* (2010) y de su *Obra completa* (2013) para que se editen *Historia (casi) de mi vida* y *Nuevas historias fingidas y verdaderas*, que habían permanecido inéditas.

“Y me eché a caminar, ahondando el paso  
hacia la luz dorada del ocaso,  
mientras cantaba, levemente, un ave”.

Una embolia pulmonar acabó con su vida el 29 de junio de 1979, a los 63 años.

### **M.<sup>a</sup> Victoria Benito y Teresa Gamarra**

Nota: imprescindible para la biografía de Blas de Otero es la consulta de “La vida de un poeta” de Sabina de la Cruz, profesora y compañera del poeta en sus últimos 11 años de vida (en *Blas de Otero. Obra completa*, Barna., Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2013, edición de Sabina de la Cruz).



**Besas como si fueses a comerme.  
Besas besos de mar, a dentelladas.  
Las manos en mis sienes y abismadas  
nuestras miradas. Yo, sin lucha, inerme,**

**me declaro vencido, si vencerme  
es ver en ti mis manos maniatadas.  
Besas besos de Dios. A bocanadas  
bebes mi vida. Sorbes. Sin dolerme,**

**tiras de mi raíz, subes mi muerte  
a flor de labio. Y luego, mimadora,  
la brizas<sup>1</sup> y la rozas con tu beso.**

**Oh Dios, oh Dios, si para verte  
bastara un beso, un beso que se llora  
después, porque, ¡oh, por qué!, no basta eso.**

Un relámpago apenas.

(de *Ángel fieramente humano*, 1947-1949;  
recogido también en *Ancia* (1958).

<sup>1</sup> brizas: del verbo brizar (o brezar), acunar.

El sentimiento amoroso de este soneto se funde con la búsqueda agónica de Dios en una peculiar síntesis de ecos místicos. Su enorme fuerza expresiva nace de la perfecta simbiosis de forma y contenido, tan natural como magistralmente trabajada hasta sus últimos detalles. Ya en el título (“Un relámpago apenas”) parece señalarse la fugaz iluminación repentina de lo trascendente, de lo inefable, que, desgraciadamente, se desvanece con la misma rapidez con la que se da un beso, y que deja al poeta en un estado de insatisfacción difícil de soportar.

El poema se desarrolla como un elocuente diálogo del Yo poético con una segunda persona (“besas”, “sorbes”, “brizas”, “rozas”) que se va transmutando de la fogosa enamorada del comienzo al Dios escurridizo del último terceto.

El primer cuarteto arranca con una bellísima descripción del beso apasionado de una pareja, que obliga al amante, por la fuerza irresistible del amor, a declararse “sin lucha”, “inerme”, “vencido”. La singularidad y el atractivo del texto radican precisamente en esa fusión de lo humano con lo divino, que se confunden en la “mimadora” que con su beso arrastra al poeta hasta vislumbrar la conciencia suprema que trae la muerte (“Sin dolerme, / tiras de mi raíz, subes mi muerte / a flor de labio”), pero que desemboca, inevitable, en el desasosiego final de ese “beso que se llora”, pero que no basta.

La escritura desgarrada de Blas de Otero se manifiesta en el intenso verso inicial (“Besas como si fueses a comerme. /... a dentelladas”) o en los que cierran los cuartetos (“A bocanadas / bebes mi vida. Sorbes.”), marcados, además, por un encabalgamiento áspero, que se completa con la aliteración de las sibilantes (s), como si escucháramos efectivamente el ruido de la boca amante mientras sorbe. En las desesperadas y repetidas imprecaciones finales a Dios (“Oh, Dios”) se condensa buena parte de “la expresión bronca e hirsuta” (en palabras de Dámaso Alonso) que distingue y singulariza a nuestro poeta, y que tan bien combina con el grito desesperado del hombre que se sabe solo y mortal, y al que nada ni nadie pueden salvar, ni siquiera el más apasionado de los besos.

**Isabel Abanto Alda**

**Porque quiero tu cuerpo ciegamente.  
Porque deseo tu belleza plena.  
Porque busco ese horror, esa cadena  
mortal, que arrastra inconsolablemente.**

**Inconsolablemente. Diente a diente,  
voy bebiendo tu amor, tu noche llena.  
Diente a diente, Señor, y vena a vena  
va sorbiendo mi muerte. Lentamente.**

**Porque quiero tu cuerpo y lo persigo  
a través de la sangre y de la nada.  
Porque busco tu noche toda entera.**

**Porque quiero morir, vivir contigo  
esta horrible tristeza enamorada  
que abrazarás, oh Dios, cuando yo muera.**

Ciegamente.

(de *Ángel fieramente humano*, 1947-1949)

No andaba Blas de Otero lejos del poeta Juan de la Cruz cuando escribió este soneto, en el que plasma su búsqueda de Dios a través del amor humano. La noche oscura del poeta místico se enrosca en torno a los adverbios en -mente que abren y cierran los cuartetos, dotando al poema de una lentitud que enmarca la pasión contenida en la equívoca mezcla de mujer y Dios. Se presenta el amor como una lucha bella y terrible; una lucha que, como la búsqueda de Dios en los místicos, se lleva a cabo a oscuras, de manera angustiosa y anhelando desesperadamente la eternidad.

En el primer cuarteto, esta búsqueda se centra en el amor humano; se quiere el cuerpo, se desea la belleza y se encuentra el horror, la “cadena mortal”, de la que es imposible desligarse, como muestra magistralmente el poeta haciendo deslizar el adjetivo “mortal” al siguiente verso, que concluye, sin embargo, con la imposibilidad de librarse de la muerte: “que arrastra inconsolablemente”.

Esta “cadena mortal” iniciada en el primer cuarteto prosigue en el segundo, encerrado entre adverbios de desconsuelo y lentitud. La repetición de las frases “diente a diente” y “vena a vena” dan cuenta de la lucha agónica por la pervivencia del amor. Sin embargo, el referente en este segundo cuarteto ya no será la mujer, sino ese “Señor”, ante cuya presencia el amor humano, condenado a morir, vive eternamente.

Igual que en el famoso soneto de Quevedo “Amor constante más allá de la muerte”, el amor sobrevivirá al tiempo y a la muerte. Si Quevedo desafiaba a la ley divina, cruzando con su amor al más allá, Otero persigue a su amor a través de la sangre y de la nada. Y romperá la “cadena mortal” como rompe la lógica en la paradoja<sup>1</sup> “quiero morir, vivir contigo” y en el precioso oxímoron<sup>2</sup> “horrible tristeza enamorada” en el que resuenan, sin duda, las “cenizas con sentido” y el “polvo enamorado” del autor barroco. La parte inmortal del hombre -su persistencia en el amor- llegará ante Dios incólume y triunfará sobre la muerte aniquiladora.

#### **Carmen Andreu Gisbert**

<sup>1</sup> paradoja: figura de pensamiento que consiste en emplear expresiones que, aparentemente, encierran una contradicción.

<sup>2</sup> oxímoron: figura de pensamiento que consiste en complementar una palabra con otra que tiene un sentido contradictorio u opuesto.

Con la sangre hasta la cintura, algunas veces  
con la sangre hasta el borde de la boca,  
voy  
avanzando  
lentamente, con la sangre hasta el borde de los labios  
algunas veces  
voy  
avanzando sobre este viejo suelo, sobre  
la tierra hundida en sangre,  
voy  
avanzando lentamente, hundiendo los brazos  
en sangre,  
algunas  
veces tragando sangre,  
voy sobre Europa  
como en la proa de un barco desmantelado  
que hace sangre,  
voy  
mirando, algunas veces,  
al cielo  
bajo,  
que refleja  
la luz de la sangre roja derramada,  
avanzo  
muy  
penosamente, hundiendo los brazos en espesa  
sangre,  
es  
como una esperma roja represada,

mis pies  
pisan sangre de hombres vivos  
muertos,  
cortados de repente, heridos súbitos,  
niños  
con el pequeño corazón volcado, voy  
sumido en sangre  
salida,  
algunas veces  
sube hasta los ojos y no me deja ver,  
no  
veo más que sangre,  
sangre,  
siempre  
sangre,  
sobre Europa no hay más que  
sangre.

Traigo una rosa en sangre entre las manos  
ensangrentadas. Porque es que no hay más  
que sangre,  
y una horrorosa sed  
dando gritos en medio de la sangre.

Crecida.

(de *Ángel fieramente humano*, 1947-1949)

*Crecida*: ‘Aumento del caudal de los ríos y arroyos’, dice el diccionario de la RAE. No se trata en esta ocasión de río ni de arroyo. No espere el lector aguas claras ni cristalinas; tampoco aguas turbias. La crecida, anunciada ya desde el título del poema<sup>1</sup>, nos sorprende revelándose como una marea ascendente de “espesa” sangre que va cubriendo al yo poético hasta casi sumergirlo en el color oscuro y denso del horror (“sube hasta los ojos y no me deja ver, / no / veo más que sangre”). La aliteración de la vibrante /r/ combinada con oclusivas y sibilantes (“hombres”, “muertos”, “tragando sangre”, “sangre roja derramada”, “proa de un barco”, “esperma roja represada”) parece sacudirnos airada, salpicando el poema como de rojo lo tiñe el pertinaz caudal sangriento. Paradójica y repentina marea: sangre de vidas rotas (“esperma represada”) antes de ser acabadas (“hombres vivos / muertos / cortados de repente / heridos súbitos”, “niños con el pequeño corazón volcado”).

Es la Europa de posguerra<sup>2</sup> (“viejo suelo”, “tierra hundida en sangre”) sobre la que el solitario y aturdido superviviente vaga penosa, aunque incesantemente (“voy / avanzando lentamente, hundiendo los brazos / en sangre”) y sin rumbo, “como la proa de un barco desmantelado”. Y de nuevo el extrañamiento poético, el giro inesperado al que nos lleva Blas de Otero: el barco no hace aguas, sino “sangre”. Su travesía desnortada se nos transmite con el ritmo de recurrencias y variaciones vertidas en versículos encabalgados, que se dilatan y contraen obligándonos a apresurar o aminorar el proceso de lectura, en un reflejo de su terco y sobrehumano desplazamiento hacia delante.

Y si “algunas veces” en medio del espanto alza la mirada al “cielo” no obtiene ni respuestas ni consuelo, tan solo el reflejo de “la luz de la sangre”. Incapaz de saciar su “horrorosa sed” de paz, de Dios, este cielo decepcionante no impide su camino, llevando, como si de una ofrenda se tratase, una rosa entre las manos. La esperanza de la belleza que parece brotar del dolor (“rosa en sangre entre las manos ensangrentadas”) se conjuga con su grito desgarrado, clamando, inútilmente, a un Dios siempre esquivo.

**Marisa Mateo Alcalá**

<sup>1</sup> El interés por el “nosotros”, por los problemas colectivos, se suma en este poema a su agónica búsqueda de Dios.

<sup>2</sup> La Segunda Guerra Mundial finaliza poco antes de la redacción del poema, si bien sus efectos son extrapolables a los de cualquier otro conflicto bélico de ayer o de hoy.

...Tántalo en fugitiva fuente de oro.

QUEVEDO

**Cuerpo de la mujer, río de oro  
donde, hundidos los brazos, recibimos  
un relámpago azul, unos racimos  
de luz rasgada en un frondor de oro.**

**Cuerpo de la mujer o mar de oro  
donde, amando las manos, no sabemos,  
si los senos son olas, si son remos  
los brazos, si son alas solas de oro...**

**Cuerpo de la mujer, fuente de llanto  
donde, después de tanta luz, de tanto  
tacto sutil, de Tántalo es la pena.**

**Suena la soledad de Dios. Sentimos  
la soledad de dos. Y una cadena  
que no suena, ancla en Dios almas y limos.**

Cuerpo de la mujer, río de oro.  
(de *Ángel fieramente humano*, 1947-1949)

El autor, un hombre de extremos postulados vitales, con la sencillez de sus versos tratará de combatir una dictadura militar que apretaba hasta lo indecible a todo un estado.

La poesía de Otero, en concreto este soneto de amor, es fruto de su vivir próximo y entre las gentes que le llenan de percepciones y de sensaciones posteriormente plasmadas en su obra.

Este poema pertenece a su primera época, donde su crisis existencial le llevará, a mediados de los cuarenta, a la pérdida de la fe cristiana. Aquí se encuentra aún en el intento de hallar el amor humano que le permita saciar su insatisfacción. Sin embargo, podemos observar que aún no ha roto con el amor hacia Dios: “ancla en Dios almas y limos” nos dice en el último verso.

Este soneto con la reiteración e insistencia de un paralelismo global nos presenta un antes y un después.

Se inicia con el encabezado machacón “Cuerpo de mujer...” la luz, la plenitud ilusionada, la visión de la amada llena de luminosidad, “río de oro”, “relámpago azul”, en suma, el acto amoroso.

Esa mirada positiva en los dos iniciales cuartetos nos traslada posteriormente hacia una visión más negativa en los dos tercetos que concluyen el poema. Allí se vislumbra la pena, el suplicio, la soledad del ser humano que se manifiesta fundamentalmente en los últimos versos. Para mí, independientemente de sus connotaciones más o menos religiosas, es un soneto cargado de una altísima sensualidad, de un dulce erotismo donde la amada, su busca continuada y permanente, se aleja y deja al yo poético solo. Una soledad sonora, pero no buscada. El autor la pretende romper con la paranomasia “dos-Dios” del último terceto.

Este soneto de juventud se encuentra todavía en la neblina confusa del deseo de casar el amor humano y el amor hacia Dios. Ese guirigay que no encontrará salida hasta mucho más avanzada su vida.

#### **Salvador Peguero Abad**

<sup>1</sup> Se puede apreciar en la sensualidad de las metáforas “los senos son olas”, “si son remos los brazos”. Una obra de obligada consulta sobre Blas de Otero es la de Emilio Alarcos Llorach, *La poesía de Blas de Otero*, Salamanca, Ediciones Generales Anaya, 1966.

<sup>2</sup> Con la cita de inicio del soneto el autor hace referencia al de F. de Quevedo “Afectos varios de su corazón”. En el último terceto de Quevedo este nos habla de Tántalo y la condena de Zeus a pasar hambre.



**Un mundo como un árbol desgajado.  
Una generación desarraigada.  
Unos hombres sin más destino que  
apuntalar las ruinas.**

**Rompe el mar**

**en el mar, como un himen inmenso,  
mecen los árboles el silencio verde,  
las estrellas crepitan, yo las oigo.**

**Sólo el hombre está solo. Es que se sabe  
vivo y mortal. Es que se siente huir  
-ese río del tiempo hacia la muerte-.**

**Es que quiere quedar. Seguir siguiendo,  
subir, a contramuerte, hasta lo eterno.  
Le da miedo mirar. Cierra los ojos  
para dormir el sueño de los vivos.**

**Pero la muerte, desde dentro, ve.  
Pero la muerte, desde dentro, vela.  
Pero la muerte, desde dentro, mata.**

**...El mar -la mar-, como un himen inmenso,  
los árboles moviendo el verde aire,  
la nieve en llamas de la luz en vilo...**

La Tierra.

(de *Ancia*, 1947-1954)

Blas de Otero, en este poema, describe su visión del mundo, de la Tierra, desde una perspectiva propia de un poeta de su cronotopo [tiempo, si se quiere]. Así pues, como todo poeta occidental cuya obra oscila alrededor de la mitad del s. XX, se sitúa a mitad de camino entre la concepción estética de la modernidad y la de la posmodernidad. Si la modernidad está marcada esencialmente por la búsqueda de la liberación del 'yo', la posmodernidad pone esto en crisis.

Es esta vacilación la que, de fondo, radica en este poema y le da voz. De este modo, Otero comienza con una metáfora del mundo, al que ve como “un árbol desgajado”, una unidad deshecha, donde viven hombres solitarios que no pueden sino dar más rienda suelta a la ruina que conforman como generación, como grupo, como humanidad. Tanto es así que el poeta se siente más en contacto con el mar, con los árboles, con las estrellas que dice oír crepitar que con los hombres, pues “solo el hombre está solo” en el mundo, en un mundo sobre el cual se sabe vivo y, por tanto, potencialmente muerto. El poema prosigue en su tercera estrofa con los símbolos del 'río' y del 'mar'.

El mar configura la metáfora de la muerte, y el río que va a parar a ella la de la vida. Nótese aquí la reescritura del concepto manriqueño de la vida como un río y la muerte como un mar: “Nuestras vidas son los ríos / que van a dar en el mar, que es el morir” rezan las *Coplas por la muerte de su padre*.

Blas de Otero prosigue alegorizando su metáfora, expresando el deseo del hombre de no morir, pues “quiere quedar. Seguir siguiendo / subir [por el río], a contramuerte, hasta lo eterno”, y se sabe en el fracaso de que eso es imposible, de que es como un sueño: “Le da miedo mirar. Cierra los ojos / para dormir el sueño de los vivos”, pero precisamente por eso sueña, para querer creer que no existe la muerte, por mucho que toda vida implique una muerte (y lo sepa) de igual manera que la riqueza implica la pobreza. Y así hereda el concepto surrealista de las vanguardias de unas décadas atrás de que vivir es soñar, concepto que a su vez ya fue puesto en escena siglos atrás por poetas como Calderón de la Barca en obras como *La vida es sueño*.

Pero la muerte está dentro de la vida, tal y como expresa conclusivamente el poeta en los dos últimos tercetos del poema. Muerte y vida conforman una dialéctica tan explosiva como implosiva, en calidad de enemigos íntimos, que no hace sino atrapar al poeta en su dicotomía. Un poeta de mitad de s. XX como Otero, que buscó la salvación de su existencia a través de la religión, un camino que no le fue satisfecho y le llevó a una crisis moral que le hizo beber del existencialismo sartriano, donde el hombre (como en este poema) se sitúa pesimista y exhausto, solo en soledad con su desamparo haciendo frente a la pregunta existencial de la vida.

**Darío Navarro Peguero**

**Volví la frente: estabas. Estuviste  
esperándome siempre.  
Detrás de una palabra  
maravillosa, siempre.**

**Abres y cierras, suave, el cielo.  
Como esperándote, amanece.  
Cedes la luz, mueves la brisa  
de los atardeceres.**

**Volví la vida; vi que estabas  
tejiendo, destejiendo siempre.  
Silenciosa, tejiendo  
(tarde es, Amor, ya tarde y peligroso.)  
y destejiendo nieve...**

Tarde es, amor.  
(de *Ancia*, 1947-1954)

“Se canta lo que se pierde”, escribió Antonio Machado, acaso el poeta más querido de Blas de Otero, quien en esta ocasión canta también, como el maestro, un amor perdido.

El yo poético se dirige a la mujer amada (“amor”), nueva Penélope en una eterna espera, en el tono propio de una conversación íntima en que se evoca una relación amorosa. Las dos partes del poema -claramente diferenciadas por el paralelismo entre los versos 1 y 9, y la paronomasia ( semejanza fonética entre “vista” y “vida”)- representan otras tantas miradas distintas hacia la mujer que espera.

En la primera parte, las formas verbales durativas (“estabas”, “estuviste esperándome”) y la reiteración del adverbio “siempre” expresan la fidelidad de la mujer, la constancia en la espera, la permanencia inalterable del sentimiento amoroso pese a la separación. Con una seguridad plena en ese amor, la amada, identificada con el alba, es vista como una fuerza vivificadora, origen de la luz y de la brisa, en la segunda estrofa.

En la segunda parte, sin embargo, la contemplación, la meditación sobre ese amor desde una nueva perspectiva temporal (“Volví la vida”) le descubre que la larga espera, el paso del tiempo, ha hecho mella en el sentimiento amoroso. El verso 12 -tomado de un soneto del poeta barroco Juan de Tassis, conde de Villamediana-, que carga de sugerencias el poema, adquiere aquí un nuevo sentido: la súbita revelación, el descubrimiento, la certeza, de que el tiempo de ese amor ya pasó (“tarde es, Amor, ya tarde y peligroso”). La mujer permanece a la espera del amado ausente (“tejiendo, destejiendo siempre”), pero el amor se ha transformado en “nieve” (asociada con la frialdad y la vejez). El inciso del verso 12 interrumpe la construcción sintáctica y permite que el poema termine con la palabra clave, destacada, además, por el acento versal. El amor inicial termina convertido en nieve que se deshace entre los dedos.

**Josefina López Granada**



**Si he perdido la vida, el tiempo, todo  
lo que tiré, como un anillo, al agua,  
si he perdido la voz en la maleza,  
me queda la palabra.**

**Si he sufrido la sed, el hambre, todo  
lo que era mío y resultó ser nada,  
si he segado las sombras en silencio,  
me queda la palabra.**

**Si abrí los labios para ver el rostro  
puro y terrible de mi patria,  
si abrí los labios hasta desgarrármelos,  
me queda la palabra.**

En el principio.

(de *Pido la paz y la palabra*, 1951-1954)

Un título con resonancias bíblicas abre este poema. Podría vincularse al capítulo 1:1 del Génesis: “en el principio creó Dios los Cielos y la Tierra” o bien al comienzo del Evangelio de San Juan “en el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios y el Verbo era Dios”. El poeta se equipara con Dios al identificarse como poseedor de la palabra creadora.

El poema consta de tres estrofas, cuyo último verso es idéntico: “me queda la palabra”. Mediante este procedimiento el autor se reafirma con insistencia en la que sería la conclusión de este poema: a pesar de haberlo perdido todo (estrofa 1), de haber soportado incontables sufrimientos (estrofa 2) y de haberse desgastado luchando por su doliente patria (estrofa 3), al autor le queda la palabra.

Las palabras verbalizan ideas. El lenguaje humano está directamente conectado con el pensamiento. Así, “la palabra” del autor es su pensamiento, son sus ideales, materializados en la forma lingüística para poder ser compartidos. “Me queda la palabra” es toda una reivindicación por parte del poeta de la solidez de sus ideales, que piensa seguir defendiendo con convicción; unos ideales sociales y políticos que enmarcan su texto en la corriente de poesía social española de los años 50.

El concepto bíblico de la “palabra creadora” se traduce aquí en una palabra poética capaz de crear una realidad diferente. Así, la palabra creadora del poeta aspira a dar forma a una sociedad mejor. Vemos la figura del poeta responsable e implicado con el mundo. El arte y la cultura como agentes sociales.

Se trata de un poema muy vigente en la situación político-social española actual que demuestra la no-caducidad de la poesía. En una sociedad en la cual la palabra (la información, la noticia) está secuestrada por algunos pocos medios dependientes de élites económicas, se hace más necesario que nunca reivindicar la palabra independiente. La sociedad está necesitada de voces auténticas, de las voces de quienes lo han perdido todo (estrofa 1), de quienes han sufrido (estrofa 2), de quienes se han desgastado luchando por cambiar las cosas (estrofa 3). Y aquí el arte y la cultura tienen una responsabilidad ineludible: la de mostrar la cara ignorada de la sociedad, la de amplificar las voces más disonantes para ofrecer nuevas lecturas desde las que crear una realidad más amable.

**Clara Cucalón Estrada**

**Creo en el hombre. He visto  
espaldas astilladas a trallazos,  
almas cegadas avanzando a brincos  
(españas a caballo  
del dolor y del hambre). Y he creído.**

**Creo en la paz. He visto  
altas estrellas, llameantes ámbitos  
amanecientes, incendiando ríos  
hondos, caudal humano  
hacia otra luz: he visto y he creído.**

**Creo en ti, patria. Digo  
lo que he visto: relámpagos  
de rabia, amor en frío, y un cuchillo  
chillando, haciéndose pedazos  
de pan: aunque hoy hay sólo sombra, he visto  
y he creído.**

Fidelidad.

(de *Pido la paz y la palabra*, 1951-1954)

Cuando leo el poema, me impresiona siempre el tono optimista: la esperanza y la fe en el hombre, en la paz y en España, a pesar de las terribles circunstancias.

El autor describe España tras la Guerra Civil, los horrores que derivan de los conflictos bélicos y, pese a todo, nos invita a creer en la consecución de la paz, en levantar un país hundido y en el hombre, como artífice de todo, cual ave Fénix.

La estructura formal parece desordenada, con una métrica irregular, que podríamos considerarla un recurso más para representar la inestabilidad de la propia España. El contenido se distribuye a base de repeticiones: lo que se repite, se destaca, es lo importante, (“Creo... he visto y he creído”). Llamam la atención las figuras literarias del poema: las metáforas, que suavizan los duros momentos vividos en la guerra y posguerra, (“españas a caballo del dolor y el hambre”, la hambruna; “caudal humano hacia otra luz”, la muerte; “amor en frío”, el odio y egoísmo...). Y la metonimia, “españas”, que simboliza los dos bandos del conflicto, que padecieron igualmente.

El poeta sorprende porque, pese a todo lo vivido, sigue teniendo esperanza en un cambio, en una mejora de la situación, que vendrá de la mano del hombre, en quien cree ciegamente, tal vez porque carece de fe religiosa.

No puedo dejar de leer este poema sin hacer una comparación con nuestro país hoy día. No estamos en guerra ni sufrimos la posguerra, pero sí nos movemos en una profunda crisis social, política y económica. Si el poeta consideraba que el hombre podía provocar una transformación..., ¿por qué no ahora? Lo triste es ver que los cambios, desde entonces, han llegado despacio y, tras décadas, han evolucionado a nuestra actual situación. Pero, como Blas de Otero, no nos rendiremos porque... “Creemos en el hombre. Hemos visto y vamos a creer”.

**Ángeles Serrano Troya**



**Si me atreviera  
a hablarte, a responderte,  
pero no soy,  
solo,  
nadie.**

**Entonces,  
cierro las manos, llamo a tus raíces,  
estoy  
oyendo el lento ayer:  
el romancero  
y el cancionero popular; el recio  
son de Jorge Manrique;  
la palabra cabal  
de fray Luis; el chasquido  
de Quevedo;  
de pronto,  
toco la tierra que borró tus brazos,  
el mar  
donde amarró la nave que pronto ha de volver.**

**Ahora,  
removidos los surcos (el primero  
es llamado Gonzalo de Berceo),  
pronuncio  
unas pocas palabras verdaderas.**

**Aquellas  
con que pedí la paz y la palabra:**

**Árboles abolidos,  
volveréis a brillar  
al sol. Olmos sonoros, altos  
álamos, lentas encinas,  
olivo  
en paz,  
árboles de una patria árida y triste  
entrad  
a pie desnudo en el arroyo claro,  
fuente serena de la libertad.**

**Silencio.**

**Sevilla está llorando. Soria  
se puso seria. Baeza  
alza al cielo las hoces (los olivos  
recuerdan una brisa granadamente triste).  
El mar  
se derrama hacia Francia, te reclama,  
quiere, queremos  
tenerte, convivirte,  
compartirte  
como el pan.**

Palabras reunidas para Antonio Machado  
un corazón solitario  
no es un corazón.  
A. Machado

(de *En castellano*, 1951-1959)

En febrero de 1959, con motivo del XX aniversario del fallecimiento de Antonio Machado se organizó en Collioure un homenaje en su recuerdo, en cuya organización participó Blas de Otero entre otros muchos.

Blas de Otero expresa su reconocimiento a Antonio Machado calificándolo como el poeta más grande y más querido, el hermano mayor, el ejemplo a seguir. El propio título ya nos indica el tema del mismo: un homenaje al poeta sevillano, símbolo de la reconciliación e integración nacional ante un futuro que supere la dictadura y se sustente en la justicia social, símbolo de la profunda preocupación y amor hacia España y de la fusión de paisaje y sentimiento, de ética y estética, de redescubrimiento del sentido histórico de España.

El poema es una especie de collage de palabras. La cita inicial, procedente de los Proverbios y cantares, reivindica la lírica objetivista, colectiva y solidaria de Machado. Las evocaciones a *Campos de Castilla* y *Soledades* son constantes y así a continuación, pasa a presentar una inmersión en las fuentes literarias machadianas como son el Romancero, y los poetas Gonzalo de Berceo, Jorge Manrique, fray Luis y Quevedo, en los paisajes castellanos y en las ciudades machadianas de Sevilla, Soria y Baeza, con el eco final del recuerdo de Federico.

El poema acaba con la identificación del mar con la España que suspira por recuperar al poeta y con una invitación a la solidaridad entre los españoles, esa nave que ha de devolver la esperanza y la libertad con la vuelta de los exiliados. Los últimos versos nos transportan a la superación histórica, a la solidaridad, al diálogo, al futuro, a la integración del ser humano con su historia.

En cuanto a los aspectos estilísticos del poema, cabe destacar la técnica de la intertextualidad o inserción de textos ajenos como un gesto de admiración hacia el poeta con el que Blas de Otero comparte ideología, ética y estética; la musicalidad, la evocación, el ritmo entrecortado basado en la ruptura del endecasílabo, los encabalgamientos, la adjetivación, la metáfora y la metonimia serán los recursos más presentes a lo largo de los versos del poema.

Se trata, en suma, de un poema en versos libres cuyo ritmo se basa en la presencia de versos cortos y endecasílabos, que discurre de la soledad al compromiso, con recursos expresivos como el aislamiento de palabras clave, la ruptura de entonación y la síntesis de sonido y significado.

Este poema es, pues, una muestra significativa de la constante presencia machadiana en la poesía de Blas de Otero: la mirada poética de Castilla que une la descripción paisajística con la reflexión estética y social.

**Rosa Blasco Roda**



**La poesía tiene sus derechos.  
Lo sé.  
Soy el primero en sudar tinta  
delante del papel.  
La poesía crea las palabras.  
Lo sé.  
Esto es verdad y sigue siéndolo  
diciéndola al revés.  
La poesía exige ser sinceros.  
Lo sé.  
Le pido a Dios que me perdone  
y a todo dios, excúsenme.  
La poesía atañe a lo esencial  
del ser.  
No lo repitan tantas veces,  
repito que lo sé.  
Ahora viene el pero.  
La poesía tiene sus deberes.  
Igual que un colegial.  
Entre yo y ella hay un contrato  
social.  
Ah las palabras más maravillosas,  
rosa, poema, mar,  
son m pura y otras letras:  
o, a...**

**Si hay un alma sincera, que se guarde  
(en el almario) su cantar.  
¿Cantos de vida y esperanza,  
serán?  
Pero yo no he venido a ver el cielo,  
te advierto. Lo esencial  
es la existencia; la conciencia  
de estar  
en esta clase o en la otra.  
Es un deber elemental.**

Cartilla (poética).  
(de *Que trata de España*, 1960-1964)

Blas de Otero leyendo la “cartilla” al género poético, o tal vez a la figura del poeta. Enalteciendo por una parte el valor puro de la misma a través de los derechos de la poesía, de lo necesaria que es para la vida, el lector aprecia, o puede apreciar, la importancia de Dios (o *de todo dios*) en su vida personal como un ente redentor que perdonará sus excusas. Quebrando el poema con un verso en el que “ahora viene el pero”, el poeta traza con su pluma los deberes de la poesía, o del poeta, que debe mojarse con su “conciencia social”, lo que nos invita a pensar en una arenga, una reivindicación en la que no hay que quedar inertes durante aquella época en la cual el poema fue escrito.

**Diego Vera Repollés**

**Pasó sin darme cuenta. Como un viento  
en la noche. (Y yo seguí dormido.)  
Oh grave juventud. (Tan grave ha sido,  
que murió antes de su nacimiento.)**

**¿Quién dirá que te vio, y en qué momento  
en campo de batalla convertido  
el ibero solar? ¡Ay! en el nido  
de antaño oí silbar  
las balas. (Y ordené el fusilamiento**

**de mis años sumisos.) Desperté  
tarde. Me lavé (el alma); en fin, bajé  
a la calle. (Llevaba un ataúd**

**al hombro. Lo arrojé.) Me junté al hombre,  
y abrí de par en par la vida, en nombre  
de la imperecedera juventud.**

Crónica de una juventud.  
(de *Que trata de España*, 1960-1964)

El poeta recuerda en este poema de madurez su juventud perdida, o más bien su ausencia debido a tempranas obligaciones familiares, al mismo tiempo que expresa el cambio sufrido en su evolución poética. En el primer cuarteto emplea la ironía para mostrar la severidad con la que pasó aquellos años, con una juventud que muere antes de nacer, probablemente en esos trece años que tenía cuando fallece fatídicamente su hermano mayor. La segunda estrofa rompe formalmente con lo esperado, introduciendo en medio de lo que parecía que iba a ser el segundo cuarteto de un soneto un heptasílabo, con el que señala la evolución que experimenta su obra, tanto en lo temático como en lo formal, tras abrazar el marxismo como explicación de la realidad. Recurre a la metáfora bélica al ordenar el fusilamiento de aquellos años en los que permaneció neutral ante dramáticos acontecimientos y explica en los dos tercetos finales cómo “baja a la calle”, acción que sintetiza su compromiso militante con el cambio político, con el que logra una segunda juventud que considera imperecedera. Destaca el uso del encabalgamiento y de abundantes oraciones parentéticas, que quiebran discurso y ritmo y crean una sensación de ruptura. Partiendo de una métrica clásica, logra imprimir un tono conversacional alejado de la gravedad, que identifica con aquella juventud sumisa a la que ha renunciado.

**Conrado Guirao Izquierdo**

**Cuánto Bilbao en la memoria. Días colegiales. Atardeceres grises, lluviosos. Reprimidas alegrías, furtivo cine, cacahuey, anises.**

**Alta terraza, procesión de jueves santo, de viernes santo, santo, santo. Por Pagasarri las últimas nieves y por Archanda helechos hechos llanto.**

**Vieja Bilbao, antigua plaza Nueva, Barrencalle Barrena, soportales junto al Nervión: mi villa despiadada**

**y beata. (La virgen de la Cueva que llueva, llueva, llueva). Barrizales del alma niña y tierna y destrozada.**

Lejos

(de *Que trata de España*, 1960-1964)

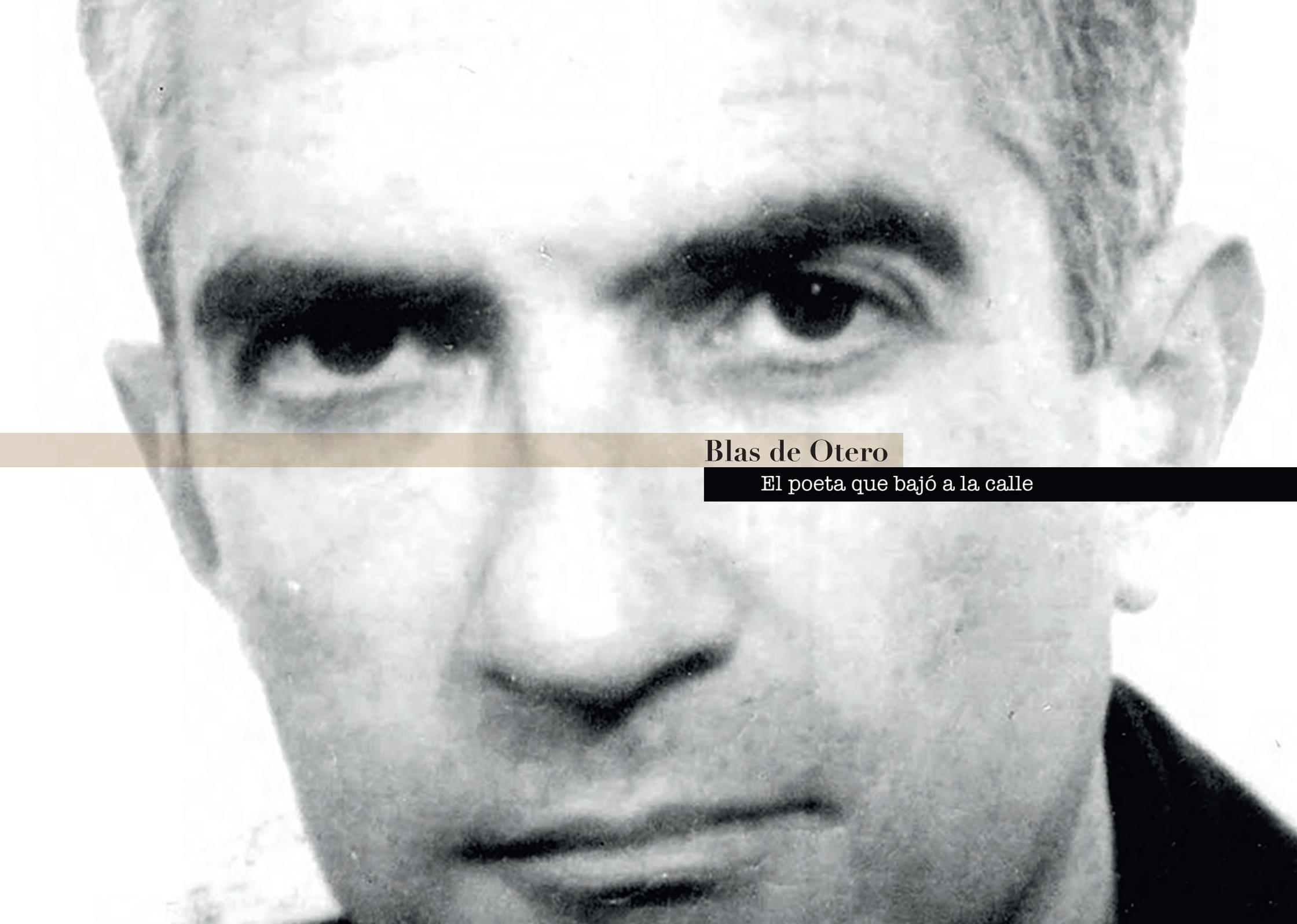
Quien ha conocido Bilbao comprende a Blas de Otero. El poeta nunca pudo olvidar el lugar que lo vio nacer y que tuvo que abandonar en su adolescencia. Volvió a la ciudad siempre que pudo, en la realidad, con el pensamiento, con su poesía. Bilbao significaba un retorno a su infancia y a su origen. Quizá por ello cuando comienzas a leer el poema recuerdas inevitablemente a Machado “los días colegiales”, “los atardeceres grises”, la canción infantil que resuena... Pero la memoria de Blas de Otero no se queda solo en la nostalgia, es casi una presencia física, con los ojos cerrados nombra lugares concretos de la ciudad y que hoy todavía los bilbaínos recorren cada día. Los montes que rodean Bilbao, Archanda y el Pagasarri; el casco antiguo con las siete calles y la plaza Nueva; la ría que atraviesa la villa y en la que se mira toda la ciudad; y la lluvia, sobre todo la lluvia, el elemento esencial de Bilbao y que el poeta nombra desde el comienzo de su poema hasta el final, con el repetido soniquete de la canción infantil y que incluso puede intuirse en esos helechos “hechos llanto” que pueblan la subida a Archanda. En todos sus poemas a Bilbao aparece la lluvia “Llueve en Bilbao y llueve, llueve, llueve / [...] mansamente llueve / sobre mi infancia colegial e inerme”<sup>1</sup>. Sin embargo, no todo es dulce melancolía, el poeta no evita los recuerdos dolorosos de la dura infancia que le tocó vivir. La religión y su etapa de estudiante en jesuitas. Llama a su villa “ciudad despiadada y beata” y repite “santo, santo, santo” en una enumeración que conduce al hastío. La religión que tanto marcó su existencia se hace patente en los recuerdos de niñez. Blas de Otero ansiaba dejar cada tarde las austeras y tristes clases en jesuitas (“Aquellos hombres me abrasaron, hablo / del hielo aquel de luto atormentado”)<sup>2</sup> para refugiarse en casa con su familia y con su querida institutriz, mademoiselle Isabelle. Desde Madrid, ciudad en la que vive más tarde le pesan los recuerdos, quizá de ahí esa metáfora que propone como cierre para definir su ciudad natal “barrizales del alma niña y tierna y destrozada”, el niño frágil que él fue en ese entorno fuerte y duro, de minas y de hierro. Hoy Blas de Otero estaría encantado de pasear la ciudad en la que Bilbao se ha convertido.

**Sara Luque Castillejos**

<sup>1</sup>“1923”, *Que trata de España*, 1964.

<sup>2</sup>“Biotz-Begietan”, *Pido la paz y la palabra*, 1955.



A high-contrast, black and white close-up portrait of Blas de Otero. The image focuses on his eyes, nose, and mouth, with a serious and contemplative expression. The lighting is dramatic, highlighting the textures of his skin and the intensity of his gaze. A semi-transparent text box is overlaid on the right side of the image.

**Blas de Otero**

El poeta que bajó a la calle